

**Padre Richard McCullen, C.M.  
Superior General de 1980-1992**

P. Lauro Palú, C.M.



**E**l Consejo de Redacción de *Vincentiana* me pide un testimonio sobre el Padre Richard McCullen, de feliz memoria entre los miembros de la Congregación, pues lo acompañé durante el segundo mandato de Superior General. La intención es compartir un poco la experiencia vivida muy de cerca con el sucesor de San Vicente de Paúl, durante el tiempo que trabajamos.

Escribo con emoción, recordando el ambiente de la Curia general, la amistad entre todos, las ayudas de todo tipo que nos prestábamos. Es igualmente motivo de mucha emoción repasar todos los nombres y oír sólo a algunos decir “heme aquí”, porque los otros ya están en la Misión del cielo: Paul Henzmann, Miguel Pérez-Flores, Jean-François Gaziello, Alberto Piras, Léon Lauwerier, Stanislao Prosperini, Luigi Festari, Alejandro Rigazio, Thomas Cawley, Victor Bieler, el Hermano Joseph Nagel, Sor Eleanor McNabb, Sor Mary Ellen Sheldon, Sor Montserrat Roset, todos de muy cariñosa memoria.

Como son recuerdos personales de trabajo y amistad, esto no es una historia de la Congregación, tampoco es un juicio sobre el gobierno del P. McCullen.

Conocí al P. Richard McCullen en la Asamblea General del 1980. En las reuniones de la Conferencia Latinoamericana de Provincias Vicentinas, antes de la Asamblea, estábamos buscando criterios para elegir al nuevo Superior General, quien reemplazaría al P. James Richardson. Sugerimos tantas cualidades (salud, edad más o menos joven, trabajos pastorales diversificados, experiencia con las Hijas de la Caridad, dominio de varias lenguas, etc.), que, en un cierto momento, el P. Martiniano León (de Venezuela) pidió al moderador que suspendiera por unas horas la reunión, para poder ir al Vaticano, saber si el Papa Juan Pablo II aceptaría ser elegido nuestro Superior General...

Comenzó la Asamblea y sabíamos que los candidatos más probables eran José Elías Chaves (de Rio de Janeiro, quien había sido nombrado obispo por el Papa unos meses antes...), Florian Kapuściak (consejero general, de Polonia, el cual escribió a la Asamblea, diciendo que no podría aceptar, en caso de ser elegido), Miguel Pérez-Flores (de Salamanca), Richard McCullen (de Irlanda) y otros más. Empezaron los intercambios de informaciones, “las campañas electorales”. Se buscaba saber qué habían decidido los grupos lingüísticos. Todo era una agitación curiosa y bienintencionada, que indicaba el rumbo de la Asamblea, la redacción de las nuevas Constituciones.

Y nos fuimos a la bella capilla del Collegio Leoniano, casa provincial de Roma, para la Eucaristía de invocación del Espíritu Santo a fin de que nos indicase el mejor candidato. Antes de entrar, comenté con P. McCullen que se hablaba mucho de su nombre. Él me dijo que no hablaba otras lenguas, casi sólo el inglés. Le dije que eso no tendría ninguna importancia, pues para eso están los Asistentes, el Secretario General. Unos años más tarde, cuando alguien le preguntó, durante una charla en una Provincia de Brasil, cómo se sintió cuando lo eligieron Superior General, confesó que tuvo mucha tranquilidad para aceptar el oficio debido a lo que le dije yo sobre las lenguas y de auxiliares que tendría.

En los sucesivos escrutinios, el P. McCullen superó al P. Pérez-Flores, quien en la votación previa había aparecido como primer nombre. El P. Pérez-Flores fue enseguida elegido Vicario General. Uno de los testimonios más hermosos de esa Asamblea y de sus resultados fue la lealtad sin límites y sumamente eficiente del P. Pérez-Flores al P. McCullen, en los dos mandatos que vivieron juntos...

En esa Asamblea del 1980, que tuvo una duración de 54 días, intentamos, entre otras cosas formular el Fin de la Congregación (¿un fin?, ¿dos fines? ¿tres fines?). No llegábamos a la conclusión de los racionios, porque unos pedían la palabra, atacaban las posiciones de los otros, sin ponderar sus razones, sin entender los motivos de rechazar fuertemente ciertas fórmulas, etc. Una mañana pedí a la Comisión Central que nos propusiera toda una larga sesión en la que habláramos los unos con los otros, no los unos contra los otros. Lo logramos sólo a medias. Eso sí, al fin de la mañana el P. Erminio Antonello (de Turín), hablando por el grupo de lengua italiana, propuso un texto que pareció atender a lo que los diversos grupos deseaban. Es el actual artículo actual número 1 de las Constituciones.

En 1983, el P. McCullen visitó la provincia de Río de Janeiro. Cuando el Visitador estaba presentándome, el P. McCullen dijo: “Ya sé, éste es el P. Palú, el hombre del consenso”. Y, cuando fui elegido, en la Asamblea siguiente, 1986, éramos dos nuevos Asistentes, el P. Robert Maloney y yo, y dos que habían sido reelegidos: los padres Pérez-Flores y Jean-François Gaziello. Muchas veces éramos dos de un parecer y dos de otro. Le cabía al P. McCullen el voto decisivo, pero no lo daba nunca, llevándonos a nuevas consideraciones, intentando un consenso. El P. Robert Maloney sugirió, algunas veces, que aplazáramos la decisión hasta el día siguiente. Era verdaderamente emocionante verlo en la capilla, rezando al Señor, pidiéndole sus luces, y no pasando por las habitaciones, para convencernos de nada... El P. McCullen me confió la preparación de un pequeño texto sobre la toma de decisiones por consenso, no por mayoría. El consenso no es exactamente un consentimiento, sino un esfuerzo de ver lo común en lo que se desea y proponen.

Como Asistente General, una de mis tareas era acompañar al General en visitas a algunas Provincias o a reuniones especiales. Así, lo ayudé en Portugal, en España (para los encuentros de “Juventudes Marianas Vicencianas” en Torre de Benagalbón) y en Italia (para la Gioventù Mariana, en Loreto), en Mozambique, en Egipto y en las Provincias brasileñas (Río de Janeiro, Curitiba y Fortaleza). Por él fui designado para acompañar a las Voluntarias de la Caridad a nivel internacional (Asociación Internacional de Caridades, AIC) Me envió a las reuniones a su Asamblea general y otras conmemoraciones centenarias de la Sociedad de San Vicente de Paúl (SSVP). Mi tarea fue, en gran parte, despejar y serenar el ambiente, dejando claro que el Superior General no intentaba unir las Damas a los Caballeros de Ozanam, en una nueva asociación internacional... Durante doce años fui el enlace del Consejo General con esas ramas de la Familia Vicenciana y, en los últimos años, fui nombrado por el Vaticano como asistente eclesiástico internacional de la AIC.

En las visitas a las Provincias de habla portuguesa tuve que hacerle traducción de sus homilías y charlas. Era conocida y muy apreciada la belleza de su inglés y el cuidado especial en lo que escribía y publicaba. Nos pedía traducciones literales, cuidando la fidelidad a su texto. En una ocasión me vi obligado a decirle que el portugués lo conocía yo..., cuando insistía que eran dos negativas en la frase para darle la fuerza necesaria a su pensamiento... Para la gente sencilla, le contesté más fácil entender, el “debemos hacer”, que “no podemos dejar de hacer” o

“no podemos no decir”... Lo comprendió y jamás volvió a insistir. Él decía que pensaba en los Hermanos y las Hermanas más sencillos, al exponer sus pensamientos, sin nada que pudiera parecer precioso, culto, refinado, o poco accesible a ellos. En Mozambique, él hablaba inglés, yo traducía al portugués y un maestro de escuela lo decía en la lengua changana. Él preguntaba: ¿Dije yo todo esto?, porque el changana tiene estructuras muy diversas de nuestras lenguas europeas occidentales y alarga notablemente las frases...

En la primera visita, en Lisboa, me dijo: “Ahora tú traduces al portugués”. Tranquilo, le dije, lo haré. Pero mi sorpresa fue inmensa cuando empezó: “First of all...” Yo pensaba que hablaría en italiano... En ocasiones como ésa, sentí muy concreta y vivamente qué es la gracia de estado, porque en Roma yo difícilmente lograba entender todo su inglés. Decía que en las visitas a las Provincias hablaba siempre inglés, porque deseaba estar seguro de haber dicho lo que realmente deseaba decir, además se fatigaba menos.

Reconocía sencillamente que no tenía tanta facilidad con las lenguas. Por eso, en Brasil, Portugal y Mozambique, cada noche, hacía conmigo la preparación de la lectura de los textos del día siguiente. Yo le hacía copias ampliadas hasta el 120%. Las Hermanas comentaban muchas veces que él comprendía perfectamente los textos, porque hacía pausas muy inteligentes, en las partes justas de las frases. Todo lo había marcado yo, con señales que entendíamos, la pausa normal de una enumeración, la pausa mayor de una oposición, la pausa seguida de las otras palabras, para dar ciertas insistencias que él sabía apreciar.

Después de visitar casi una decena de Provincias de las Hijas de la Caridad de habla portuguesa, a veces me decía que respondiera yo mismo, directamente, lo que sabía que él iba a contestar a las preguntas de ellas o de los jóvenes que las Hermanas cuidaban... Reservaba un tiempo considerable en sus contactos con ellas, para contestar a sus preguntas, saciarles la su curiosidad infinita...

Los jóvenes eran una de las pasiones del P. McCullen, la razón de sus esperanzas, un campo en el que deseaba sembrar cantidad de verdades y enseñanzas para cultivar sus corazones y levantar sus almas, presentándoles los ideales del cristianismo y del seguimiento de San Vicente y Santa Luisa o de Ozanam. A la simpatía de él correspondía la verdadera adoración de los chicos y chicas, como he visto en Benagalbón y Loreto, con las Juventudes Marianas.

En las visitas a las Provincias, hablaba con cada Cohermano, siempre que era posible, atento a las señales de afecto, que agradecía de todo corazón. Preguntaba por sus trabajos, sus alegrías, sus esperanzas. Charlando con los Seminaristas, les hacía ver la belleza de la vocación vicenciana y se interesaba por sus estudios, sus trabajos, animándolos a aprender lenguas.

Para dar vida a este deseo de comunicación entre todos los miembros de la Congregación, animó a las Provincias a intalar en sus secretariados las primeras máquinas de fax. En la Curia empezaba la modernización, con las primeras computadoras, con el entusiasmo de Pérez-Flores, William Sheldon, Robert Maloney y, poco después, Víctor Bieler. El secretariado general pasó de las máquinas eléctricas de Paul Henzmann a la computadora de Víctor Bieler y Emeric Amiot d'Inville.

En las visitas normalmente se hacía algo de turismo. Él siempre se mantuvo muy culto, muy interesado en las cosas y construcciones. En Río de Janeiro, cuando visitó la Provincia, el Visitador lo llevó al Cristo Redentor, la gran estatua que bendice la gente de la ciudad maravillosa y todo el Brasil. En el alto de la montaña, vio cuando se encendieron las luces públicas de la ciudad, los collares de luces que corrían por las avenidas, y él abría sus brazos, como el Cristo, sumamente feliz, como si él mismo estuviera electrizado. Volviendo a Río de Janeiro, después de seis años, pidió que le hicieran ver las mismas maravillas. Lo he visto con emociones muy semejantes en Egipto, ante las pirámides, con el espectáculo de luz y sonido.

Pasear como turista o como visitante, querido e importante, significa tener que comer cosas, raras y típicas de las culturas (y visitó todas las provincias de los varios continentes). Aparentemente, no temía las carnes raras, los guisados desconocidos, sabiendo que no le ofrecerían cosas malas o peligrosas. Sin problema degustaba platos polacos en Curitiba, típicos pescados en Fortaleza, frutas ricas del nordeste brasileño, curiosidades de Egipto, etc. Pero tenía un cuidado extremado para no enfermarse ni contraer un problema relacionado con el estómago que lo impidiera de estar presente cuando los Pobres empezasen sus fiestas, los números artísticos que llevaban meses ensayando. Por esta delicada atención pastoral, dejaba de lado lo que le parecía problemático, peligroso o que sabía, que podría hacerle mal.

Sabía admirar las danzas, los cánticos, las coreografías. Le gustaba ver los jardines y las colecciones de plantas de las casas de las Herma-

nas. Le regalaron una bella orquídea, en Río de Janeiro, y la conservó muchos días, para llevarla a su Mamá muy mayor, porque de allá iba a Irlanda. Quien lo escuchó hablar al por teléfono con su Madre supo qué es la ternura, el cariño, el corazoncillo de uno en las manos calientes y amorosas de la madre. Y tenía con la Superiora General de las Hijas de la Caridad un cariño semejante al de San Vicente con Santa Luisa.

Un ejemplo de su delicada acción pastoral: en Mozambique le regalaron decenas de piezas, algunos sencillos otros de una rica artesanía, muchas de ellas en maderas preciosas como el ébano o el cedro rosa y rojo. Como podrían crearnos alguna dificultad en el aeropuerto, estudiamos que piezas llevaría para la Curia general. Seguramente leyó mi pensamiento, porque me regaló un caballito de cedro rosa, montado por un misionero que llevaba un estandarte con la inscripción Amaos los unos a los otros. Ha dicho: “Yo llevo estos dos bastones de mando”, negros ébanos simbólicos, cetros litúrgicos de los poderes tribales locales, “y el caballito es tuyo”. Él sentía que era verdaderamente nuestro líder, con toda su sencillez y amistad; explicitó esta consciencia con toda verdad y clareza.

Delicado, no escrupuloso, sino gentil en sus obediencias. Me llamó para que llegara a su oficina a las doce menos cinco. Lo encontré con una botella y dos copas. Me habló de cosas y cosas los cinco minutos que faltaban para concluir el plazo del secreto pontificio y pudiese anunciarme que el Papa había nombrado obispo a José Carlos Melo, de mi Provincia. Celebramos el nombramiento con un brindis.

Cuando el P. Maloney empezó su primer mandato, como Superior General, nos envió, a sus asistentes, a aprender o mejorar alguna lengua. Yo fui a Irlanda, por el inglés. El P. McCullen me esperaba en el aeropuerto, me llevó a “mi casa” (Raheny), donde estuve un mes. En los fines de semana me llevaba a visitar su país, lo verde rico y precioso de los campos y del litoral, las cruces típicas de los lugares de tradición, y me explicaba detalladamente todos los símbolos de cada una, su riqueza teológica e histórica. Me llevó a lugares de San Patricio y otros santos, feliz de pertenecer a aquella raza y de tener aquellos parientes.

Hablar de esas realidades mayores ayudaba al P. McCullen a olvidar por momentos los problemas que lo angustiaban, como la falta de vocaciones para su Provincia y, en general, los casos tristes de alcoholismo en el clero y los escándalos de sacerdotes que fueron denunciados como pederastas. Seguramente, sus últimos años fueron

tristes sin lamentarse. Es muy bonito ver en internet la galería de fotos cuando se busca Richard McCullen, C.M. Dos cosas me llamaron la atención: las últimas fotos, de su rostro, en vísperas de cumplir 90 años, marcado por la edad como Juan Pablo II, y la luz, la firmeza y lo profundo y bondadoso de su mirada. Le gustó mucho cuando el P. André Dodin publicó la conocida foto del primer retrato de San Vicente, con la cabeza inclinada, que sería el gesto o modal característico de San Vicente. En muchas de esas fotos, también P. McCullen inclina su cabeza, al estado de San Vicente. Y en todas las fotos, él nos mira atentamente, como queriendo entrar en nuestras almas, intensa y cariñosamente, sin temblor, sin miedos, sin amenazas, con su gran corazón.

Nos hemos escrito mensajes pascuales o navideños, durante muchos años. Sus palabras eran siempre muy personales, pues se refería a lo que habíamos vivido en los seis años de su segundo mandato. Y me agradecía, reiteradamente, las pequeñas ayudas que le dí como Asistente. Cuando terminaban los tiempos fuertes del Consejo, dos veces al año, en general partíamos para nuevas visitas, para alguna tanda de ejercicios espirituales a los Cohermanos o a las Hijas de la Caridad. Le ofrecí, siempre que me fue posible, escribir las cartas en las lenguas que conozco. Esto le pareció una ayuda extraordinaria, fuera de lo previsto, como si fuera una ayuda meritoria. Yo aprovechaba para mejorar los conocimientos, familiarizarme con las exigencias o delicadezas de las varias culturas. En las cartas a los italianos, pedía que pusiera, los superlativos tan simpáticos, como *carissimi*, *devotissimo*, etc. A los brasileños, que mencionaba las “saudades”, casi las nostalgias, el rimpianto, etc. Después de 1992, escribía a los amigos de Brasil, con lo que le quedara del portugués. Leía la revista del Colegio São Vicente de Paulo, que yo dirigía en Río de Janeiro, y comentaba sus asuntos. La última carta me envió cuando cumplí mis primeros 50 años de sacerdote. Me alegró mucho ver cómo era generoso y cultivaba la memoria recordando las cosas del pasado. Sobre todo, cómo aprendió de San Vicente que debemos ser agradecidos a los que nos ayudan, por menos vistosa que sea esa ayuda.

Un gran Cohermano, un modelo, un amigo, un hermano mayor inolvidable.